

LA PREPARATORIA Y SUS GUIAS

Una de las épocas más hermosas de la vida del hombre es sin duda su paso por las aulas escolares en donde adquiere el conocimiento que habrá de servirle para su realización y para que luche y se desarrolle en el futuro. En la primera etapa comienza a convivir con sus semejantes, aprende las primeras letras y se asoma con ojo curioso a ese mundo maravilloso que le ofrece el aprendizaje de nuestro universo.

Una segunda etapa se desarrolla en dos ciclos: el de la escuela secundaria en la que el alumno recibe informaciones más concretas, sin que todavía tengan la rigidez académica y que le permitan el control personal; y el del Bachillerato que es en donde el hombre comienza a vivir y a desenvolverse plenamente, y en donde adquiere el sentido de responsabilidad merced al disfrute de la plena libertad: su indicador es el despertar de la juventud y la formación de su propio carácter.

La tercera etapa de esta secuela comprende los estudios profesionales y de especialización en sus diversos grados; aquí el hombre profundiza sobre los conocimientos que va a manejar el resto de su existencia, y se dispone a lograr una imagen del mundo ideal por el que habrá de pugnar.

De estos tres periodos, el que más gratos recuerdos deja en nuestras mentes es el paso por la Escuela Nacional Preparatoria, ya que aquí es donde se hacen los amigos de toda la vida y en donde se inicia la realización personal y se tiene conciencia de la libertad para actuar conforme a ideales e intereses; es allí, por lo tanto, en donde debemos conocer a quienes nos precedieron para poder comprender a nuestro país y a nuestra Universidad; esto es, saber de las vidas de los maestros que formaron a muchas generaciones, y cuyas mentes y corazones latieron al compás de su tiempo. Esta reflexión me lleva a narrar la vida de un maestro en nuestra Preparatoria.

El maestro a quien vamos a conocer nació en el año de 1883; fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde impartía Filosofía y Sociología; fue director de la propia Facultad de Filosofía y Letras y, más tarde, rector de nuestra Casa de Estudios.

Era una férrea estructura, cimentada sobre la base sólida de un ideal; un ideal que recortaba el aire con el vuelo de su ademán severo y que abría senderos de luz con el solo timbre de su palabra; así, sus jóvenes alumnos llegaban al éxtasis con el mágico lenguaje de sus manos y el verbo seguro del sereno marco de sus ideas. Este es el ámbito en el cual alentaba este profesor, quien fue un inigualable exponente positivista de su momento, en un marco geográfico imitado en sus fronteras con el sentido estricto de lo universitario.

Este maestro, es sin hipérbole, uno de los educadores más destacados de las generaciones contemporáneas; su actividad perso-

nal se desplegó desde su plática en la Sociedad de Conferencias, sobre *Nietzsche*, hasta su plática sobre *Stirner y el individualismo*. En 1910, en el Ateneo de la Juventud, disertó sobre Stuart Mill; dictó múltiples charlas sobre el Positivismo, en la Facultad de Filosofía y Letras, y en 1914 escribe su *Filosofía de la intuición*, iniciando así lo habría de ser un elevado número de obras tales como su *Sociología*, *El acto ideatorio*, la *Filosofía de Husserl*, etcétera.

Nuestro maestro es un filósofo no porque tenga una concepción total del universo, aunque sin duda la tiene; no porque posea una noción del macrocosmos mediante la autoreflexión de sus funciones valorativas, teóricas y prácticas, aunque sin duda la tiene; no porque conozca la "ciencia de lo fundamental", que sin discusión la conoce; sino principalmente porque sabe, al igual que Brenes Mesen que así como la Antroposofía no significa hombre de sabiduría, sino sabiduría del hombre, la Filosofía no sólo quiere decir amor a la sabiduría, sino también sabiduría del amor.

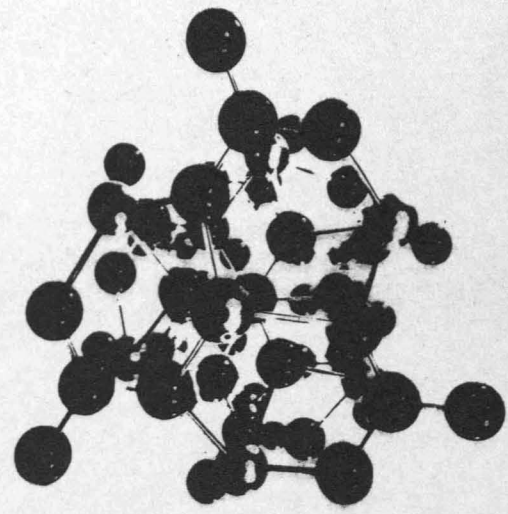
Así pues, el espíritu y las enseñanzas de ese hombre sabio no se han perdido porque han perdurado a través de los años. Su dimensión temporal no se ha quedado atrapada en las encrucijadas de un recuerdo que se antoja brumoso, sino que, por lo contrario, cada día se fortalece más su imagen y se acrecienta su nombre.

Como un verdadero maestro sufre, por su misma sensibilidad, las penas de sus alumnos y de quienes lo rodean; en los momentos de crisis de nuestra Casa de Estudios trabaja en forma gratuita para ésta, y para solventar su vida tiene que deshacerse de lo que era su tesoro más preciado: su biblioteca; prefirió este sacrificio, que mucho le dolió, antes que lesionar o causar trastornos a su *alma mater* que tanto quería y veneraba.

Durante las dos conflagraciones mundiales de nuestro siglo lanza su grito de alerta y lucha por las causas nacionales defendiendo siempre con un gran civismo y con la ley las causas justas de la lucha democrática.

El filósofo, el sociólogo, el pragmático, el idealista, el platónico en cuanto es como Platón un amante del conocimiento, el aristotélico por el manejo de su lógica formidable; éstos y otros atributos, conjugados felizmente en un solo hombre definen esencialmente a este universitario que tenía un espíritu integral, pero a la vez de una pluralidad cultural que se disparaba sobre todos los puntos cardinales del humanismo. De él dice García Máynez: "En su aspecto dogmático, es la de este maestro una filosofía de la vida, de la intuición y de la acción, en su parte crítica representa una ininterrumpida y vigorosa polémica en contra de los excelsos del intelectualismo y sobre todo del positivismo".

Con rectificaciones a sus yerros dentro de la vastedad de sus aciertos, va depurando la aforística de sus escritos filosóficos, y no únicamente continúa sino que crea también una original tradición de pensamiento que condensa las máximas de su filosofía de la



acción en el discurso violento a la manera de Nietzsche o de ese Buda perdido en el Occidente llamado Schopenhauer.

Kant le entrega el conocimiento de lo "a priori" y de lo "trascendente", y Bergson la luminosidad de su pensamiento. Hartmann, en su *Historia de la Filosofía*, señala dos direcciones: la del pensamiento sistemático constructivo y la del pensamiento problemático; a esta segunda dirección pertenece nuestro hombre.

La significación que este profesor ha tenido a través de la historia, que es reciente, no ha quedado flotando como un fantasma gris en las aulas universitarias. Al contrario, tiene profundas raíces que se han clavado en el espíritu de las generaciones actuales.

El señalaba, cuando hablaba de la Filosofía de la Conversión: "Las personas permanecen, sí, pero evolucionan. No es la personalidad algo rígido e inextingible. Es dúctil. Su ductilidad llega a extremos inauditos". Consecuente, pues, con que la naturaleza humana es como una nube que cambia continuamente, este maestro evoluciona en el espíritu universitario renovado por las distintas juventudes que pasan por el filtro de sus ideas, en un fenómeno de retroalimentación que le es vivificante.

Su estructura dialéctica no se define todavía porque se está haciendo diariamente en la afirmación de la tesis, porque se está purificando en la negación de la antítesis y porque su pensamiento desborda linderos en la promesa de su síntesis.

Es algo más que un filósofo, que un sociólogo, que un maestro; es la historia de la Universidad, es una parte de esta Universidad, es la Institución misma como el último o el primer bastión del humanismo frente al imperio de la técnica.

Educación es conducir, llevar, preparar al individuo para un determinado propósito de la sociedad. ¿Pero a dónde nos va a conducir? ¿A dónde nos va a llevar en esta continua lucha de las generaciones por mejorar la obra de las precedentes? En estas preguntas, búsqueda de los fines de la enseñanza, y en la respuesta que se nos dé, se encuentra la problemática de nuestra cultura.

Una verdadera educación no es completa si le falta el aliento que engendra el lograr un propósito o un ideal: la conquista de la libertad, la igualdad de las oportunidades, el bienestar de los desposeídos.

Nuestro maestro entiende como universitario esta dificultad del *ser educativo* y predica con el ejemplo el *ser de la enseñanza*, que

es el complemento entre la actitud teórica y su praxis. Hay que educar para la libertad. Ser un hombre libre es estar en la posibilidad de ser un hombre sabio; ser un hombre sabio es, por necesidad, sentirse un hombre libre.

En el año de 1946 muere ese universitario ilustre. Su nombre, Antonio Caso.

Ahora bien, ¿Antonio Caso era un hombre único? No. Así como existió él en nuestra Escuela Nacional Preparatoria pasaron por ella grandes maestros como Gabino Barreda, Erasmo Castellanos Quinto, Justo Sierra, Vidal Castañeda y Nájera, José Vasconcelos, Ezequiel A. Chávez, Miguel E. Schultz y Pedro de Alba cuyos nombres han sido dados a los diferentes planteles de nuestra Escuela Nacional Preparatoria, en reconocimiento a su prosapia universitaria y a la huella indeleble que dejaron durante su tránsito por la cultura de México.

Y no han sido todos, habría que citar a muchos más, como Lombardo Toledano, Gómez Morín, Romano Muñoz, entre otros, y a quienes actualmente se encuentran impartiendo cátedra alentados por el mismo espíritu universitario y la misma vocación de crear y formar generaciones que aprendan a luchar por la conservación de nuestras genuinas tradiciones, y por la independencia política y económica de nuestro país. Son los maestros que le dan lustre a la Universidad tratando de servir a quienes nada poseen, y que además buscan un sistema social más justo.

De ahí la importancia de nuestra Preparatoria ya que es en esta etapa de la vida en la que se puede conocer los valores por los que vale la pena luchar. Es la época en la que el alumno deja de ser controlado rígidamente e inicia el estudio responsable. Es el momento, además, en el que con la conciencia de esa libertad al alumno deben de señalársele dos únicos caminos: el de la honestidad y el de México. Honestidad no sólo en lo económico sino como una manera de ser, como una actitud ante la vida que le permita llevar la frente siempre en alto; una honestidad integral que sirva para despertar la confianza de aquellos con los que convive.

El segundo camino es el de México. Esto lo debemos entender como el reto que se nos presenta para continuar una lucha de 160 años, a través de la cual hay que conquistar día a día y palmo a palmo la libertad y la justicia, y buscar un equilibrio real de los factores económicos y sociales del país, terminando con las diferencias que nos dividen para lograr la independencia que ha constituido el viejo sueño de la Nación.

Lo anterior se logra sembrar, sin lugar a dudas, en el Bachillerato. Este simple hecho debe enorgullecernos de haber pertenecido o de pertenecer a la Preparatoria.

Esta fuerza que se genera en la Preparatoria y que será la energía que guíe los pasos de las futuras generaciones, es el mayor tesoro que puede tener nuestra Universidad y México.

